

EL CASTELLANO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Año I.

TENDILLAS, 21

TOLEDO 9 DE ABRIL DE 1904

SUSCRIPCIÓN

Trimestre. . . 075 Años. 275
Número suelto, 5 céntimos.

Núm. II.

ANUNCIOS ECONÓMICOS

PAGO ADELANTADO

Las ciencias y el Clero español en el Siglo XIX.

Con este mismo título ha visto la luz pública en Madrid, en las postrimerías del año 1903, un precioso folleto de 46 páginas esmeradamente impreso en el establecimiento tipográfico de Angel B. Velasco, original de nuestro distinguido amigo el infatigable escritor católico D. Juan Pedro Criado y Domínguez, autor de *La caridad cristiana en España durante el cólera de 1885 y 1890*, *Las conversiones al Catolicismo en el siglo XIX*, *Las órdenes religiosas en el periodismo español* y multitud de trabajos literarios, históricos y bibliográficos que le han conquistado un lugar preeminente entre los hombres de letras. El folleto no es otra cosa más que una edición especial de cien ejemplares—cien mil debían ser—, de una serie de artículos publicados por primera vez en 1892 en *La Controversia* del difunto D. José Salmerón, y reproducidos y ampliados después en la acreditada revista religiosa *La Cruz*, que con tanto acierto dirige el Excmo. Sr. Conde de Sol.

Nada más conveniente, ni más oportuno que la exhumación de esta elocuentísima defensa del sacerdocio hispano en estos días de anticlericalismo salvaje, después de la acusación de ignorante lanzada contra él, en pleno Parlamento, por uno de los hombres políticos más funestos que padecemos en España. Verdadera labor de benedictino, tiende a probar con razonamientos concluyentes y gran copia de datos irrefragables, que el Clero español es hoy el mismo que brilló con luz inextinguible en los Concilios de Trento y del Vaticano, que su nivel intelectual no ha descendido en nuestros días y que, lejos de ser refractario a los progresos de las ciencias, como sostienen algunos con vergonzosa ignorancia o refinada malicia, cultiva con admiración de propios y extraños todo género de disciplinas, aun las que más se separan o menos conexión tienen con los estudios propios de su apostólico ministerio.

«Nadie niega el título de ilustrado—dice el Sr. Criado y Domínguez—a un jurisconsulto que desconozca la táctica militar, ni a un marino porque no sepa teología, ni a un médico porque no sea peritísimo astrónomo, ni a un ingeniero porque ignore el valor de las notas musicales; con tal que posea los conocimientos necesarios en la ciencia ó el arte á que se ha dedicado, se le rinde el debido homenaje de consideración y respeto; mas al eclesiástico, como no demuestre su competencia *in omni re scilicet*, se le tiene, con intolerable injusticia, por un ignorante consumado.» Así es, en efecto, y para convenirse de la exactitud de esta afirmación, basta recordar que el desconocimiento de la Economía política fué la razón invocada para llamar ignorante al clero en el Congreso de los diputados, argumento que pudiera muy bien volverse contra el mismo orador que le empleaba, si no está muy fuerte en Lugares Teológicos, Liturgia Sagrada ó cualquiera otra de las asignaturas de la carrera eclesiástica.

«Pero aun aceptando tan absurda teoría, tan irritante exigencia—continúa el autor del folleto—, el Clero español puede justificarse cumplidamente de acusación tan menguada; y después de insertar la lista de los eclesiásticos de distintas categorías que pertenecen á corporaciones científicas y literarias como la Academia Española de la Lengua, la de la Historia, la de Bellas Artes de San Fernando, la de Ciencias morales y políticas, la de San Luis de Zaragoza, la Sevillana de Buenas Letras y las de Ciencias y Buenas Letras de Barcelona, constituyendo en muchos casos su más preciado ornamento, ofrece á la consideración de sus lectores un esbozo de lo que pudiera llamarse bibliografía universal de autores eclesiásticos españoles, tanto seculares como regulares, en la pasada centuria. Las prevenciones de escuela y los prejuicios sectarios tendrán que batirse en retirada al ver reunidos, como en un cuadro de honor, los nombres verdaderamente ilustres de multitud de clérigos que

se han distinguido en todos los ramos del saber humano, legando á la posteridad los abundantes y bien sazonados frutos de su privilegiada inteligencia, que han de inmortalizar también su memoria. Tales son entre otros mil que no nos consiente citar la índole del presente artículo, los filósofos Balmes y el P. Ceferino González; los canonistas Ferrer, Aguirre y Gómez Salazar; los juristas consultos Miteguía y López Peláez; el gran preceptista Alberto Lista; los historiadores Masdeu, Merino, la Canal y Labayru, autor este último de la monumental *Historia general del Señorío de Bizcaya*, muerto en fecha muy reciente; los polemistas Fr. Francisco Alvarado, el filósofo rancio, Sardá y Mateos Gago, el famoso contradictor de Castelar; los oradores Fr. Diego de Cádiz, Manterola, González Francés y Jardiell; los poetas Arolas, Nicasio Gallego y Verdaguier, autor insigne de la *Atlántida* y único poeta épico de la España contemporánea; los inventores de proyectos de lengua universal Sotos Ochando y Robles; los egipólogos y asirólogos Mulle de la Cerda y Fernández Valbuena; los novelistas P. Coloma y Conrado Muñios; el polígrafo Sbarbi, fundador de la *Academia nacional de letras populares*; el célebre músico navarro Esclava; el epigrafiasta P. Fita; el afortunado investigador colombino P. Ricardo Cappa; el arabista P. Lerchundi, de gran prestigio en Marruecos; los impugnadores de la desdichada obra de Drapper PP. Cámara, Mir y Mendive, y, en fin, el conocido pedagogo D. Andrés Manjón, Canónigo del Sacro Monte de Granada, premiado con una de las primeras Grandes Cruces de la nueva Orden civil de Alfonso XII.

No obstante las dificultades que ofrece, por su infinita variedad, la clasificación rigurosa de las obras comprendidas en este interesantísimo estudio bibliográfico, destinado á evidenciar hasta dónde llega la gárrula palabrería de los enemigos de la Iglesia, el Sr. Criado y Domínguez ha procurado formar las debidas agrupaciones para proceder con método, consagrando su atención, en primer término, á las Ciencias naturales, y citando en este lugar el *Tratado de Cosmogonía* de D. Jaime Almera y Comas, justamente elogiado por los doctos; los *Fragmentos de algunas plantas de Filipinas no incluidas en la Flora de las islas*, del P. Fr. Antonio Llanos; las anotaciones y enmiendas de Fray Andrés Navés y Fr. Celestino Fernández, libro de un mérito superior que obtuvo en la última Exposición de Amsterdam el primer premio de honor á la Ciencia y el gran diploma de honor en la Exposición filipina de Madrid; los suplementos á la *Contribución á la Flora de Galicia*, del sabio jesuita P. Merino; los once tomos de la *Flora de Zaragoza*, del P. Ainsa, y el *Diccionario de los nombres vulgares* que se dan en Filipinas á muchas plantas de aquel archipiélago, del Obispo de Oviedo Fr. Ramón Martínez Vigil, no sin hacer también honrosa mención del gaditano D. José Celestino Mutis, llamado por Cabanilles *Príncipe de los botánicos de América*, y del tan calumniado y perseguido P. Bernardino Nozaleda, ex Arzobispo de Manila, por su discurso sobre la *Conveniencia de variar la clasificación zoológica en la parte que se refiere al hombre*.

En las ciencias físico-químicas, en las ciencias exactas, en astronomía y sus auxiliares, en agricultura, en medicina y, para decirlo de una vez, en todos los horizontes abiertos á la inteligente actividad del hombre, es incalculable el número de Sacerdotes cuyas obras se registran en este catálogo, y puede asegurarse sin temor, que no están incluídas todas, á pesar de la exquisita diligencia del autor del folleto y de su reconocida pericia en este linaje de investigaciones, por ser una verdad casi axiomática que en materias de bibliografía no cabe nunca la presunción de haber dicho la última palabra. Pero resultaría interminable la tarea que nos hemos impuesto, si hubiéramos de seguirle paso á paso en tan larga peregrinación, y deseando no fatigar por más tiempo la atención de nuestros lectores, nos limitaremos á consignar, para dar fin á estos desaliñados apuntes, los nombres preclarísimos del Padre Eleuterio Martínez, inventor de una máquina

electrostática, calificada de soberbia por la Universidad de Valladolid y objeto de los mayores elogios por parte de D. José Echegaray, del P. Algué, reputado y considerado por Miller como «uno de los más distinguidos astrónomos y meteorólogos del mundo»; del famoso vicario de Zaranz, D. Juan Miguel de Orolaga, cuyas predicciones acreditadas por la experiencia le han hecho popular en la región del Cantábrico, y del inolvidable P. Federico Fauna, director del Observatorio meteorológico de Manila, de quien dijo el diputado republicano D. Ricardo Becerro de Bengoa, ya difunto, que era un sabio que ha representado á nuestra Patria en diversos Congresos científicos extranjeros... un hombre de bien, modesto y dignísimo en el ejercicio de su respetable ministerio, y, en fin, un gran español que difundió á manos llenas la cultura entre los hijos de aquella apartada tierra, tan necesitados de luz y de civilización y tan ingratos para los que les sacaron de las tinieblas y les elevaron al nivel de los doctores de nuestras Universidades.

Felicitemos cordialísimamente al denodado y discreto defensor del sacerdocio católico en estos días de prueba para la Iglesia y para la Patria, y recomendamos la lectura de su última publicación á los suscriptores de EL CASTELLANO.

JUAN G. CRIADO.

Injuria intolerable.

En el número 245 del semanario local *La Idea*, sección de colaboración, se infiere á la clase sacerdotal, á que tengo el honor de pertenecer, una de esas injurias graves que atormentan el ánimo y no pueden pasar sin correctivo, más que por el daño causado á las personas, por las consecuencias desastrosas que en el orden moral producen á la misma sociedad en que ellas han de ejercer su profesión, y de la cual forman parte, en cierto modo, inseparable.

Desde luego deseo que haga buen provecho al articulista de «Curas y entierros...» esa prodigiosa entereza, en virtud de la cual, según asegura, «tiene el valor de sus convicciones y sabe mantener su bandera»; pero desde cuando ha pasado la injuria por lema de abanderamiento, ni cómo en cerebros que se apellidan «amantes de la luz y de la justicia», reposará la convicción de que es lícito y razonable y ajustado á conciencia, aunque ésta sea emancipación, el atrevimiento de prostituir las cosas, faltando manifiestamente á la verdad, con tal de halagar un antojío? No, no crea el colaborador de *La Idea*, ni este periódico, que estas líneas se inspiran en afecciones bastardas, como se ha dado en calificar cuanto EL CASTELLANO publica; es algo más serio y más interesante. Es, que cuando se abusa de la prevención sistemática á una clase social, y se le ultraja con causticidades de género fúfimo, al cual se hace contribuir con ficciones grotescas á la imaginación, al pensamiento con falsedades y á la voluntad con odios, impresionando vivamente no sólo la rudeza, no sólo la injusticia, sino, más que todo eso, la generalización premeditada del ataque y sus efectos. Al pie de estas líneas está mi nombre y apellido. ¿Se ha escrito contra ellos el artículo «Curas y entierros», que publica *La Idea*?

Hago esta pregunta por dos razones: Primera, porque de ciertas tramitaciones sólo entienden los Tribunales. Segunda, porque puedo probar al articulista que de mi haber de Cura participan más obreros que del suyo. Sí, señor; yo soy hijo de familia pobre, sin más elemento que el asiduo trabajo; sé lo que son privaciones y á diario las sufro con alegría. De mi haber se mantiene un herrero septuagenario, que consumió sus energías entre el humo y el fuego de una pobre hornacha; de mi haber participa otro herrero que mantiene enhiesta la bandera del martillo; de mi haber reciben algún tanto tres obreros que sudan sobre la azada, el estambre y el pentágono; de mi haber perciben muchos que son obreros. Ni quiero, ni merezco

por esto aplausos: el obrero septuagenario, es mi querido padre; el otro, hermano, y los otros tres, hermanos míos también; los demás... los demás también son hermanos míos. Desnudo salí del seno de mi madre y desnudo quedaré cuando Dios quiera.

Pero rechazo la injuria del articulista emancipado, y la rechazo doblemente porque no se contenta con decir que los Curas somos cristianos por el dinero, sino que acentúa el ultraje, afirmando que «empezamos por ahogar en nuestros corazones los sentimientos más humanos, más honrosos, más puros, el amor á la familia». ¡Falso de toda falsedad! ¿Dice eso de mí el articulista? Yo amo á mi familia más que á mí mismo, y tengo á honor, más aún á gloria, más todavía, es mi mayor placer, mi vida descansa en trocar mis sudores en ese pan que amasa el cariño, pan divino, pan que se elabora con el rocío de la frente del hijo para regalar en lo posible los labios de su padre y de sus hermanos. En esto hago lo que debo. ¿Qué Sacerdote hay que no lo haga? Dígame su nombre y yo seré el primero en censurarlo. El noventa y cinco por ciento de los Sacerdotes somos hijos de humildes obreros, educados con escasez de pan, pero con abundancia de amor y de nobleza; sabemos lo que debemos y pagamos cobijando á nuestras familias y á los necesitados. Mas ¿de dónde saca el colaborador agresivo de *La Idea*, que los Curas, para serlo, hemos de renunciar á esos sentimientos naturales? ¿Es ese el fruto de sus emancipaciones de entendimiento? ¡Ah! Cuanto más le aprovecharía recordar la conseja de *sapataro á sus sapatos*; porque interpretar las Sagradas Escrituras no se queda para hombres tan ocupados en «ser verdaderamente útiles á sus semejantes» ya que de eso no se ocupan los Curas, «sino de comer buenos manjares, beber ricos y abundantes vinos y en manchar de un modo inhumano á hombres que son la representación viva de una idea».

¿A quién ha manchado de un modo inhumano el autor de este trabajo? Necesito saberlo para dar las debidas satisfacciones. Yo soy Cura, y el articulista de «Curas y entierros» atribuye esa fea acción á todos los que visten solana.

Y no entro de lleno á defender la clase sacerdotal por sí en ella dominara el criterio de adoptar como más acertado otro procedimiento.

MARIANO MORENO,
Párroco.

EN TALAVERA DE LA REINA

UNA CONFERENCIA NOTABLE

El día 2, á las nueve de la noche, tuvo lugar en el Salón del Liceo, la conferencia sociológica que le estaba encomendada al Rdo. P. Gabriel Casanova, quien, previa autorización de nuestro Eminentísimo Prelado, partió á tiempo oportuno para aquella importante ciudad. Cuanto de noble é ilustrado encierra Talavera acentúa á oír al conocido sociólogo. El teatro estaba materialmente atestado. Como las invitaciones se habían hecho extensivas á las señoras, éstas ocupaban gran parte de los palcos. La conferencia versó sobre la crisis agraria. Comenzó el conferenciante enviando un respetuoso saludo á las señoras que habían querido asistir con su presencia aquel acto, y estimulándolas á proteger aquel Centro obrero, les dijo que jamás la perfumada mano de la dama despidió más suave aroma que cuando se ocupa en enjugar las lágrimas del desgraciado.

Dijo que si hablara en Bilbao, trataría de cuestiones menores, si en Barcelona, abordaría la cuestión de la industria; pero que haciéndola en Talavera, donde casi todos sus habitantes tienen sus intereses en el campo, había preferido desarrollar lo concerniente á la crisis que hoy padecen la agricultura. Hizola historia de la crisis agraria con gran cantidad de datos y testimonios de autores respetabilísimos. Con las estadísticas de Rusia, Servia, Rumania, Italia, Austria, Alemania, Estados Unidos, Chile, La Argentina, Australia y otras naciones, puso de manifiesto las verdaderas causas de la presente crisis, destacándose entre ellas la depresión de los terrenos y los excesivos impuestos. Como remedio propuso la destrucción del mili-